paba de la mala disposicion de su superior, acusó algunos dias despues á Corona, por haberle hecho notar en cierta ocasion, en que se hostilizaba de frente al enemigo, que para avanzar era preciso dejar á retaguardia una fuerza de observacion. Otros motivos de esta naturaleza siguieron aumentando la aversion de Inda, hasta el extremo de negar á Corona y sus soldados los víveres indispensables, colocándolos así en una situacion verdaderamente aflictiva, de que solo pudieron salvarlos los reiterados esfuerzos de Villanueva, que habia quedado en el campo, y que les mandaba todos los escasos recursos que estaban á su alcance.

Pero aquello no podia prolongarse por mas tiempo, el sitio continuaba indefinidamente, pues Lagarma aguardaba al general Pesqueira con fuerzas de Sonora para emprender un ataque formal sobre la plaza, y Villanueva y Corona resolvieron retroceder á Jalisco para extender la revolucion, procurarse los elementos necesarios y aumentar sus fuerzas. A este efecto se pusieron en marcha, pero á las nueve leguas encontraron que no les era posible avanzar, pues una fuerte avenida del rio del Presidio les cortaba el paso, cuyo obstáculo no desapareceria antes de cinco dias. Esta circunstancia, y la esperanza de que entre tanto se diera el asalto á Mazatlan, los hicieron resolverse á volver á aquel puerto como lo verificaron. Su última esperanza, sin embargo, quedó desvanecida, los dias corrian sin que se emprendiera ninguna operacion séria sobre la plaza, por la razon que dejamos indicada, en vista de lo cual, y habiendo bajado la corriente del rio, emprendieron definitivamente su expedicion sobre Acaponeta, dándoles Lagarma el correspondiente pasaporte, y auxiliándolos con algunas piedras de chispa y un poco de parque, recursos pequeños en verdad, pero que sábiamente economizados, les sirvieron para municionar aquella reducida fuerza, que antes de mucho se convertiria en un ejército respetable de la constitucion y la reforma.

CAPITULO II.

Marcha Villanueva sobre Acaponeta.—Su proyecto para apoderarse del Obispo de Guadalajara.—Ojeada histórica sobre la revolucion de México.—Fingida retirada de Escuinapa.—Plan de ataque.—Defeccion de Romero.—Es perseguido y perdonado.—Se separa Villanueva por enfermedad y entrega el mando á Corona.—Marcha secreta por la sierra sobre Acaponeta.—El enemigo es instruido oportunamente de sus movimientos.—Perniciosa influencia de las preocupaciones religiosas.—Ataque de Acaponeta.—La vírgen de Guadalupe.—Toma de la plaza.

Puestos en marcha sobre Acaponeta, punto objetivo de la expedicion, supieron al llegar á Escuinapa, que se hallaba en la primera de aquellas poblaciones el obispo de Guadalajara, D. Pedro Espinosa, acompañado de doscientos hombres de infantería y caballería. Esta circunstancia exije algunas explicaciones para que se comprenda uno de los rasgos característicos de la guerra civil de aquellos años.

Desde que se inició la revolucion de México el año de 1810, por el cura D. Miguel Hidalgo, el alto clero, que constituia un poder formidable por sus riquezas y su influencia religiosa, apareció en primer término combatiendo la causa de la libertad de la patria, por cuantos medios estaban á su alcance, así físicos como morales. Hecha la independencia el año de 1821, por el mismo clero que se unió momentáneamente con los insurrectos, en odio á las reformas proclamadas en España, creyendo afianzar su dominacion entre nosotros, presto comenzó una nueva fase de la guerra civil, aunque su carácter esencial fuera el mismo, porque por un lado crecian las exijencias del partido nacional para constituir el país bajo un régimen republicano democrático, y por el otro, el partido conservador de las tradiciones coloniales,

encabezado por la Iglesia, hacia todos los esfuerzos posibles para contener los avances del primero, viendo en el triunfo definitivo de su enemigo, el aniquilamiento de sus prerogativas temporales, y la desaparición de su gran preponderancia social, que se habia extendido sin contrapeso desde los primeros años de la conquista.

Esa lucha que duró varios años, vino á hacerse mas clara y definida en 1852, en que se proclamó en Guadalajara el plan llamado del Hospicio, cuya acta apareció firmada por altos dignatarios eclesiásticos, lo que ponia de manifiesto á los ojos del pueblo, la parte activa que tomaba en la revolucion un cuerpo que hacia constantes protestas de su retraimiento de la política, en conformidad con su mision de paz y caridad cristiana. La revolucion de Guadalajara triunfó, trayendo la tiránica dictadura de Santa-Anna, que se rodeó de todo el aparato de un monarca, tomando el tratamiento de principe, proclamando la perpetuidad de su poder, creando distinciones aristocráticas, que herian el sentimiento de igualdad, harto enraizado en el sentimiento popular, para que pudiera sufrir con calma aquel fausto y aquella pompa, dignos de la corte de un rey absoluto del viejo mundo. El clero no guardó ya la menor retentiva; halagado con el fácil triunfo que habia obtenido derrocando la administración de Arista, creyó definitivamente afianzada su dominación, y prestó un franco y decidido apoyo á Santa-Anna, que no era por otra parte, mas que un instrumento para abrir y preparar el camino á un príncipe europeo que vendria á establecer la monarquía, sueño dorado del partido conservador.

Mas estas esperanzas salieron fallidas: la revolucion liberal iniciada en Ayutla, destruyó en Agosto de 1855 la dictadura de Santa-Anna, que rodeado todavia de un numeroso y brillante ejército, comprendió los peligros inminentes de la situacion y huyó al extranjero. Pero la opinion estaba formada, el partido democrático sintió la necesidad de abordar con franqueza la gran cuestion que se venia debatiendo durante tantos años; los primeros actos de la nueva administracion marcaron la marcha que debia seguirse, y el congreso constituyente sancionó en Febrero de 1857, una constitucion que estableció los principios mas radicalmente democráticos, asestando golpes terribles al poder de la iglesia, á quien herian de muerte en su influencia social y política.

El clero, sin embargo, lejos de desanimarse, aceptó el audaz desafio: ya no hubo medio á que no apelara para combatir á su adversario: la prensa, el púlpito, el confesonario, se agitaron á la vez en una propaganda de reaccion clerical. Cada obispado, cada curato, cada convento, era un foco de conspiracion; el incendio se propagaba hasta el interior de las familias, y la muger, ese sexo tierno y piadoso por su naturaleza, pero crédulo y poco ilustrado, se convirtió en un instrumento revolucionario en manos de sus directores espirituales. El presidente Comonfort, hombre de valor y de talento, pero de carácter débil, sintióse sobrecojido por el huracan que de todos lados se desataba; se imaginó poder conjurar la tempestad por medio de un golpe de Estado, mas en la situacion á que habian llegado las cosas no era ya posible ninguna transaccion; la guerra entre los partidos contendientes era á muerte, y

Comonfort no hizo mas que cometer un grave error político que precipitó su caida en Enero de 58, entronizándose en la capital y en algunos puntos del interior la reaccion clerical, que se apresuró á formar un gobierno á cuyo frente colocó al general D. Félix Zuloaga.

En contra de lo que habia sucedido en revoluciones anteriores, se vió que el partido liberal, lejos de abandonar el campo á su enemigo victorioso, se resolvió á continuar sin descanso la lucha; alzó la bandera de la constitucion, organizó un gobierno con D. Benito Juarez, presidente de la suprema corte de justicia, que era á quien la ley llamaba despues de la defeccion de Comonfort; ese gobierno se retiró al interior, permaneciendo en Guadalajara hasta fines de Marzo de 58, en que la derrota de Salamanca, el pronunciamiento de Landa y la aproximacion del ejército reaccionario vencedor, le obligaron á dirijirse á Colima, embarcándose en el Manzanillo y dirijiéndose á Veracruz, donde se instaló definitivamente durante la guerra de tres años, lanzando en medio del estruendo de la lucha civil, las leyes de reforma que fueron el desarrollo lógico de la carta de 57 y la última palabra de la gran revolucion democrática.

Cada Estado por su parte tendió á organizar la lucha, conservando poderes regulares, emanados de la ley, que eran otros tantos nucleos de acción en contra del enemigo comun. D. Pedro Ogazon, nombrado gobernador sustituto de Jalisco por su congreso, se retiró al Sur del Estado, en cuyas montañas organizó sin pérdida de tiempo la resistencia. Para que se tenga una idea del poder vital de la revolucion, diremos únicamente que esa retirada tuvo lugar en los últimos dias de Marzo de 58, á la cabeza de un peloton de patriotas desarmados, y que á fines de Mayo, es decir, dos meses despues, se acercaba ya un ejército numeroso á sitiar á Guadalajara, donde se encerraba en su recinto fortificado el general Casanova al frente de una guarnicion respetable.

En el trascurso de esos dos meses se habian consumado hechos de grande importancia. Miramon habia sufrido un fuerte descalabro en el puerto de Carretas, al dirijirse á San Luis Potosí; Zacatecas habia sido tomada por Zuazua á fines de Abril, destruyendo la guarnicion que allí se hallaba y fusilando á Manero y otros de los principales gefes reaccionarios; y Guadalajara habria sucumbido probablemente, si Miramon no se hubiera movido en su auxilio desde San Luis Potosí, al frente de una gruesa columna, que hizo levantar el campo á los liberales despues de 18 dias de sitio. Esta expedicion, sin embargo, fué desastrosa para la reaccion: Miramon siguió á los sitiadores al Sur de Jalisco, viéndose en la necesidad de retroceder de Atenquique, en cuya barranca halló una resistencia inesperada, que le hizo perder mas de la mitad de su fuerza. Entre tanto San Luis Potosí habia sido tomado por los liberales el dia último del mes de Junio.

La lucha siguió al traves de varias peripecias, y á mediados de Setiembre, habiendo organizado Casanoya, gefe del gobierno reaccionario en Jalisco, una columna expedicionaria sobre el Sur, con objeto de destruir al gobierno liberal que allí tenia